

EL PROBLEMA MORAL³⁴

En la rápida síntesis que contienen mis artículos anteriores, ha sido mi propósito demostrar que la Revolución, considerada desde el punto de vista de la obra social emprendida y abstracción hecha de los aciertos o de los desaciertos, del mérito o de la culpabilidad de los hombres que la han sucesivamente representado, está sentando laboriosa y pacientemente las bases de un nuevo orden de cosas en México y esto bajo tres distintos aspectos: —en lo material, procurando que al aumentar de día en día el número de campesinos emancipados y de proletariados dotados de mejor remuneración, pueda llegar a constituirse en vasto conglomerado de verdaderos consumidores, que en un futuro próximo sirva de base a industrias prósperas y florecientes; —en lo orgánico, al quitar a los vencidos (indígenas, campesinos y proletarios) la necesidad y la tentación de rebelarse; y en lo espiritual, al permitir que los grupos sociales, gradual y sucesivamente emancipados de la miseria, vayan adquiriendo la capacidad de asimilarse los frutos intelectuales y morales de la civilización.

Pero para poder llevar a feliz término esa tan difícil creación de un mundo nuevo, es requisito indispensable, so pena de fracaso, tomar en cuenta un factor del que a menudo se prescinde, un problema que sistemáticamente desdenían propios y extraños, tírios y troyanos, lo mismo los revolucionarios que aquellos que no lo son: un problema, enfin, que nuestra época, saturada de frío intelectualismo, ávido de novedades y de placer, y absorbida ante todo por la preocupación de los intereses materiales, tiende a relegar al montón de los cachivaches, de las cosas sin médula sin actualidad y sin importancia. Este problema es el moral, objetivo el más alto del esfuerzo humano, y cuya solución, apropiada y desacertada, ha sido, es y será cuestión de vida o de muerte para todas las clases, para todos los partidos, para todas las banderas, para los hombres y los grupos humanos todos, cualesquiera que sean sus intereses, sus actividades, sus opiniones o sus creencias.

³⁴ *El Universal*, 19 de diciembre de 1929.

Sin cometer el error de decir como algunos teorizantes, que el problema social se reduce en todo y por todo a una cuestión moral, si repetiremos lo que alguien con tanta justicia ha sostenido: que la cuestión social es algo más alto y algo más vasto que un simple asunto de alimentación y de salarios; que el problema humano es cosa demasiado compleja para dejarse aprisionar en la fórmula estrecha de una solución unilateral y mezquina; y para decirlo de una vez, que la cuestión social es simultáneamente y sin poderlo evitar, una cuestión económica, un asunto de moral individualidad y de moral colectiva, y también en cierto sentido y hasta cierto punto, un problema de técnica o un problema científico, si se prefiere la palabra.

Sentado esto, sería absurdo, sería proceder TERRE A TERRE, sin altas miras y sin altos vuelos; sería pequeño y ridículo, intentar reducir nuestros problemas a lo económico, a lo material, a las mezquinas proporciones de una simple cuestión de estómago. Nuestro deber de hombre dotados de razón y de espiritualidad, es aspirar a algo más elevado, y nuestra obligación de revolucionarios es no empequeñecer a tal punto, el concepto y el programa de la Revolución.

Que sea preciso empezar por la base, por la satisfacción de las inaplazables e ineludibles necesidades materiales (como es la verdad), no equivale a decir que las aspiraciones y los deberes del hombre y de la sociedad, se reduzcan a sólo eso.

El asunto económico es básico, ciertamente, y sobre ello hemos insistido bastante; pero en cambio, el problema moral es medular y trascendente, es de dirección y de control. Del imperio de las fuerzas morales o del torpe desprecio que de ellas se haga, depende esencialmente que la conducta humana, individual o colectiva, tome franca orientación por los derroteros del bien, de la generosidad del apoyo mutuo, de la acción altruista y fecunda; o bien se precipite, ya sin freno, por los azarosos caminos del libertinaje, del parasitismo, del acaparamiento, de la prostitución en todas sus formas, del vicio y del crimen en sus más monstruosas manifestaciones.

Por esto sin duda, pensadores y estadistas, cuando lo son de verdad, coinciden en un empeño común: el de realizar los valores morales, el de colocar por encima de todo, los imperativos categóricos del deber, los nobles mandamientos de la virtud desinteresada, capaz de domeñar las brutalidades del yo y de ofrecer pasiones e intereses, ambiciones y vanidades, en generoso holocausto, si así lo exige el triunfo de la colectividad.

Ernesto Renan, que no era por cierto un fantástico ni un místico, tenía satisfacción en afirmar con noble énfasis, que entre todas las cosas creadas, "lo moral es la cosa seria y verdadera por excelencia, la que basta por sí

sola para dar a la vida un sentido y un fin... La ciencia misma y la crítica son a mis ojos, cosas secundarias, si se les coteja con la necesidad de conservar la tradición del bien'.

Alvaro Obregón, por su parte, plétórico del sentido de la responsabilidad, decía en uno de sus discursos de 1920: "La salvación de México estriba principalmente en el triunfo de la moral; sobre ella debe basarse todo; sin ella vamos al abismo. El pueblo ya no puede creer más que en la moral en acción..."

Son estas verdades, tan rotundas y tan hermosas expresadas, de una enorme trascendencia.

Una sociedad sin virtud, sin lealtad, sin fe en las cosas del espíritu, sin respeto a la amistad y al honor, sin probidad en los hombres, sin castidad en las mujeres, sin dulzura y sin abnegación en las madres, sin desinterés y sin sentido de responsabilidad en los gobernantes, sin ideales ni propósitos apostólicos en los grupos o en los individuos directores; una sociedad así, se viene abajo, no puede durar y no durará, así esté atiborrada de ilustración y de ciencia, o plétórica de riquezas y de ventajas materiales.

Axiomas son estos de todos conocidos; pero sobre los que es preciso insistir, porque en la práctica solemos olvidarlos, viviendo y actuando como si tales principios no existieran. Y lo peor y lo más grave es, que en ese olvido incurren los conservadores como los revolucionarios, los ricos como los pobres, los sabios al igual que los ignorantes, los creyentes y los que se llaman piadosos, del mismo modo que los incrédulos y los ateos, o los que se tienen por tales.

Un ejido, una cooperativa, un sindicato, un banco agrícola, una empresa cualquiera de solidaridad o de previsión social, fracasarían irremediablemente, si los administradores o los directores son egoístas deshonestos o poco escrupulosos en el manejo de fondos, habidos en una palabra, de placeres, de dinero, o de honores.

Toda la obra económica y social de la Revolución se vendría por tierra a la corta o a la larga si faltase honradez, moralidad o desinterés en los ejecutores. Se cree que con decir "organización", se ha dicho todo, en materia social. Pero se olvida que la organización es una simple forma externa, un mero mecanismo, destinado a ser regido por un alma o por un conjunto de almas. Es ella cosa muerta, organismo anquilosado, árbol fatalmente condenado a no dar fruto, si no lo anima la sabia vital del espíritu altruista.

La democracia, que hoy por hoy es el régimen que impera en el mundo, es la más necesitada de virtud, puesto que llama a los de abajo a las más

altas funciones de gobierno, a las más difíciles empresas de solidaridad, de altruismo, de heroico desinterés, de total desprendimiento de las bajas pasiones sensuales y egoístas; y sin embargo, jamás las colectividades habían tenido que hacer frente a una crisis moral tan alarmante y tan intensa como la que hoy aflige a los hombres y a los pueblos.

La humanidad es actualmente víctima de las más extrañas y desconcertante paradoja que hayan visto los siglos; a medida que progresan las ciencias, declina la moral; a medida que se cultiva el cerebro, se empobrece y esteriliza el corazón, se daña y se envenena la voluntad.

La explicación de esta antinomia será más o menos difícil, pero nadie puede negarla: a mayor desarrollo de las artes mecánicas, a mayores adelantos de la técnica, a nuevos y más portentosos descubrimientos en todas las esferas científicas como corresponde DE HECHO, una escandalosa decadencia en todas las manifestaciones de la vida mortal, una depravación cada vez más acentuada en los caracteres y las costumbres, un abandono más y más franco, más y más cínico, de los sanos y regeneradores principios de probidad, pureza moral, respeto a la fe jurada, control y dominio sobre las propias pasiones; únicos que hacen posible la armonía entre los individuos, la honestidad en el hogar, la paz y la normalidad en las relaciones de hombre a hombre, de clase a clase, de sexo a sexo, y de nación a nación.

Tal es reducido a términos esenciales, el problema que a la humanidad plantea la civilización contemporánea, saturada de teorías rica y exuberante en lo intelectual y en lo meramente mecánico, pero pobre, indigente, lastimosamente miserable en el orden moral.

La ilustración, generalizada hoy como nunca, lejos de haber sido la panacea que todo lo curaría, según se nos venía anunciando desde ya la lejana época de la Enciclopedia, no ha podido impedir que los crímenes, los vicios y todo género de lacras sociales aumenten y se desarrollen en términos favorosos.

Algo ha de faltar a nuestra opulenta civilización, alguna enfermedad oculta a de minarla cuando la filosofía, la física y la química, la industrialización y la intelectualización llevadas al máximo, no han bastado ni bastan para salvarla de sí misma.

Al estudio de las causas del mal, que deben de ser muy ondás, dedicaremos los próximos artículos.